



La **Adolescencia**

# VIOLENCIA JUVENIL: es tiempo de virar hacia la armonía

La Organización Panamericana de la Salud (OPS) define la violencia juvenil como aquella que ocurre fuera del hogar, entre personas en la infancia, adolescencia y hasta los 29 años. A esta, le podemos sumar la que ocurre en el ámbito doméstico. Podemos distinguir aquí muy diversas formas de violencia: física, emocional, la intimidación, el acoso sexual, violencia patrimonial, e incluso el homicidio. Según la misma OPS, este tipo de violencia se empieza a manifestar en las edades más tiernas, escalando en frecuencia e intensidad a manera que incrementa la edad.

Es posible notar como, con mayor asiduidad, se reporta en los medios de comunicación social, sobre agresiones entre escolares, colegiales y entre personas jóvenes, por las más diversas razones, desde cosas tan insignificantes como el puesto en un asiento del autobús o en el comedor, hasta otras tan serias como femicidios o ajustes de

cuentas por drogas. En medio de esos extremos podemos encontrar un sinnúmero de manifestaciones desde el simple acto de ignorar a la otra persona, las manifestaciones pasivo-agresivas, hasta las manifestaciones más fuertes, visibles y materialmente evidentes como las peleas, las agresiones directas por medio de golpes, y hasta con armas de diversa índole.

La violencia juvenil, nos dice la OPS, cuenta cientos de vidas al año, y es una de las principales causas de muerte prematura entre los 15 y 24 años de edad. Además, genera lesiones físicas y emocionales que pueden persistir de por vida. A ello se suman los costos sociales que significa un número importante de personas que abandonan los estudios por el acoso escolar (bullying) y el hostigamiento sexual. Se suma también

el costo social de los tratamientos psicológicos y médicos que deben recibir muchas de las personas que han sido víctimas de violencia juvenil y, muchas veces, con ellos, su círculo familiar más cercano.

No cabe duda de que estamos rodeados de violencia; de hecho, hasta la hemos normalizado. Violencia en la prensa, violencia en los noticieros de la televisión, violencia en las series y películas de la televisión y el cine, violencia hasta en las conferencias y discursos de quien ostenta hoy el puesto de primer servidor del pueblo habitante en Costa Rica. Se observa violencia en la Asamblea Legislativa, en los partidos de fútbol y de otros deportes, violencia en programas de radio o de televisión en que se pretende brindar información o formar opinión.

Una forma cada vez más frecuente y grosera es la que se observa en las reacciones que se manifiestan ante noticias o notas en las versiones digitales de los medios de noticias. La violencia que ahí se puede observar puede ser tema de muchas tesis doctorales de las más diversas áreas del saber: psicología, sociología, psiquiatría, derecho, filosofía, comunicación, filología, entre otras. Probablemente, si aterrizara un extraterrestre en nuestra patria y lo primero que tomara de referencia fueran este tipo de textos, pensaría que somos una especie animal que ha dejado lo más puro de su instinto, para formar un comportamiento agresivo que no es dable de observar sino en animales que han perdido su sentido natural. Hay que recordar que los animales no humanos no atacan, se defienden; y los que ata-

can lo hacen porque es su modo de supervivencia. Pero aún estos, se comen a la presa que matan; no asesinan por el puro placer, por dar una lección, por ajustar una cuenta, o porque "solo puedes ser mía y de nadie más".

En un episodio reciente, el presidente Chaves agredió a una ministra de su gobierno en frente de todo el pueblo de Costa Rica. Fue público y notorio. Días después, consultada la ministra sobre el evento, dijo que ella no se había sentido agredida en ningún momento. Ese tipo de respuestas suelen escucharse o leerse por parte de personas que no se dan cuenta de que son víctima de violencia, porque la han normalizado. Lo mismo podemos decir de quien ejerce la violencia: su conducta es perfectamente normal, así lo han criado y así ha vivido. Sí, ha crecido en medio de un ambiente violento, le ha sido normal y es lo esperable. Debemos cambiar esa forma de pensar, de ser, de hacer. Debemos dar paso, cabida, a la dignidad, la nuestra y la de los demás.

Aclaro, la violencia es tan antigua como la presencia de los seres humanos sobre la tierra. No nos vamos a ir a la lectura del Génesis con el acto violento máximo de Caín sobre Abel, o el acto instigador de la serpiente sobre Eva, ni sobre las múltiples muestras de violencia por celos, por poder, orgullo y necedad de los personajes del antiguo testamento. Lo mismo podríamos decir de la violencia terrible que se daba entre tribus, pueblos y civilizaciones enteras; pero también a lo interno de ellas. La violencia no es algo nuevo. No, pero a esas formas primitivas se han sumado otras

muy sofisticadas.

Un apartado especial merece la violencia surgida con el descubrimiento del internet y, con ella, de las redes sociales. Hay que recordar que ambas cosas fueron antes que las aplicaciones para los dispositivos móviles. Lo que ocurre, es que las redes sociales primigenias eran más restringidas a comunidades unidas por alguna condición particular: científicos, comunicadores, académicos, entre los más frecuentes. Se requería de una computadora, de conexión a internet, y ambas cosas eran costosas y no estaban a disposición de todas las personas.

Con el advenimiento de los dispositivos móviles y, más que eso, con el vertiginoso desarrollo de la tecnología de lo micro hasta lo nano, que permitió crear tecnología más eficiente a todo lo largo del proceso de comunicación entre las personas, hasta permitir que casi cada persona pueda acceder a un dispositivo móvil con conexión a internet las 24 horas del día, todos los días del año, con mayor penetración de la señal celular, con mayor velocidad, con menores costos por dispositivos cada vez más poten-

tes, también se crearon nuevas formas de violencia. No son poco frecuentes los casos de acoso por medio de las redes sociales (social networks) que pretenden formar comunidades de personas con intereses comunes, tales como Facebook, Instagram, LinkedIn, TikTok, Twitter, entre otros. Un caso particular es WhatsApp dado que supone la pertenencia a pequeñas redes, pero que aún así puede funcionar, en la práctica, como red social con sus mismas ventajas y desventajas. No se puede perder de vista ese detalle.

Hay que ser justos: los creadores de tales redes sociales, incluso las más antiguas Vine, Myspace, Tuenti, o Messenger, no pretendieron que sus productos se convirtieran en medios de perpetración de actos violentos. De hecho, parte de sus políticas de uso es que no se permiten actos violentos y que se pueden denunciar, dando de baja a quienes actúen de forma violenta. Sin embargo, hay que reconocer que las mismas razones que hacen que una persona que sufre violencia "en vivo" no denuncie a su agresor, operan en aquellas



que la reciben "on line". Un ejemplo muy claro es el de la persona que es agredida por su aspecto físico o por su rendimiento escolar. En las personas más adultas, los chantajes por no "liberar" información íntima, ofrecida en un ámbito inicial de confianza, a cambio de favores, dinero o de realizar actos contra la voluntad de la persona agraviada. Son casos, especialmente luego de caer en juego de sexting (envío de fotos, videos, textos con contenido sexual explícito).

La pandemia por la covid-19 agudizó todo lo que he mencionado antes. Nos vimos expuestos a una situación de encierro, no solo físico sino mental, social y hasta espiritual. Fuimos más expuestos a las formas poco edificantes de las redes sociales. Hubo todo tipo de respuestas en el ir y venir desde y hacia la virtualidad de nuestras relaciones. No pocas personas han reaccionado con violencia al regresar a las relaciones interpersonales presenciales pues dieron mucho valor a la intimidad y ahora temen perderla. Muchas otras personas perdieron la habilidad de comunicarse, de ser asertivos y receptivos; de no ser ofensivos y de ser más grandes en la disculpa. La pandemia nos dejó muchas más secuelas que las pérdidas humanas, y los problemas físicos del covid prolongado; los daños psicológicos y las tensiones en las relaciones humanas fueron profundos y ampliamente diseminados.

Debemos estar atentos a la forma en que criamos a nuestras personas más jóvenes, desde que son pequeñas criaturas. La violencia no debe ser parte de su natural desarrollo y durante su curso de vida. De la misma forma que se debe enseñar, con el ejemplo propio -o el ajeno-, lo que son las distintas formas de violencia "en vivo", para reconocerla y no sufrirla ni cometerla, se debe hacer con la violencia digital, esa que ocurre "on line".

No podemos ser tan ingenuos como para pensar que podemos tener mil amigos en mi red social. Es posible que de la gran mayoría de ellos ni su aspecto sea el que se muestra en su foto de perfil, como tampoco lo son sus características antropométricas o intelectuales, o sus habilidades deportivas. Los verdaderos amigos difícilmente se hacen y se sostienen por esa vía. No son amigos los que nos dan "like" o "doble-like" a todo lo que publicamos en nuestras redes. Bien reza la frase: "Quien no recibe críticas por sus actos no tiene amigos, tiene porristas".

**Agradecimiento**

**Juan José Romero Zúñiga.** MV. MSc. PhD. Programa de Investigación en Medicina Poblacional, Escuela de Medicina Veterinaria Universidad Nacional PG Box: 304-3000 Heredia, Costa Rica Telefax (506) 25624566, (506)88150117

